



DEBATES ELECTORALES TELEVISADOS:
EL PURITANISMO POLÍTICO AUDIOVISUAL PERUANO

GT3: Comunicación Política y Medios

Mg. Lilian Kanashiro Nakahodo

Universidad de Lima

Perú

lkanashi@ulima.edu.pe

Resumen

El presente estudio analiza las implicancias del dispositivo enunciador televisivo en los cinco debates presidenciales (1990 - 2011) en la historia electoral peruana y los alcances de su optimización como práctica discursiva. Para ello se llevó a cabo un análisis comparativo de corte semiótico, así como entrevistas de profundidad a los actores neutrales (moderadores) involucrados en los debates. La identificación de la concurrencia de rasgos ha permitido observar la construcción y consolidación de un sub-género discursivo encaminado a consagrar un puritanismo político audiovisual que protege la aversión de los políticos a debatir en desmedro del derecho ciudadano a un voto informado.

Introducción

El presente trabajo se enmarca como prolongación de un proyecto de investigación de dos años auspiciado por la Universidad de Lima. Una revisión bibliográfica previa da cuenta de dos tendencias en el estudio de los debates electorales: por un lado el interés por sus efectos en la definición del voto del cual

la tradición científica norteamericana ha sido muy pródiga; y por otro lado, un predominio por los análisis de contenido centrados en el discurso verbal. Resulta paradójico centrarse en el discurso lingüístico cuando la gran crítica sobre los debates es la excesiva importancia de la imagen en desmedro del contenido. Asimismo, los estudios sobre los efectos han logrado demostrar que los debates electorales más que producir un cambio en la orientación del voto, básicamente refuerzan decisiones electorales ya tomadas (Schrott 1990: 583).

En este marco problemático, decidimos centrarnos en el propio terreno de la comunicación política: el debate electoral como práctica discursiva. Y en ese sentido, no podemos ignorar un detalle importante: la televisación del debate. Es así que nos planteamos como objetivo el análisis y reflexión del dispositivo enunciador televisivo en los debates electorales peruanos (1990 - 2011) y los alcances de su optimización como práctica discursiva.

La trascendencia de los debates electorales es condensada por Gauthier en la siguiente expresión:

Convertido en un ejercicio *casí* obligado de las campañas electorales y en ocasión de todo referéndum, en gran cantidad de países occidentales el debate televisado aparece al mismo tiempo como síntoma y como causa de la importancia que adquirió hoy la comunicación política. Semejante debate constituye una de las ilustraciones más espectaculares de la mediatización contemporánea de la política (1998:394).

Los procesos de mediatización en nuestra sociedad no actúan de modo uniforme en todos los espacios ni en todas las prácticas sociales (Verón 2001:15–42). En

esa misma lógica, dichos procesos son abiertos dado que con cada avance tecnológico se modifica la idea de los eventos políticos. No cabe duda que las computadoras e internet están alterado los procesos políticos y la manera como las campañas han sido manejadas (Kraus 2000:8).

Frente a este impacto de la televisión en lo político y en concreto al discurso político, encontraremos defensores y detractores. Por un lado, Lozano sostiene que uno de las consecuencias más importantes ha sido la trivialización y espectacularización de las noticias políticas y que autores como Rospir no han escatimado en afirmar que se trata de una americanización de la política (Téllez, Muñiz, y Ramírez 2010:254). En esa misma línea, aparecen las advertencias de Sartori sobre lo que denomina las videoelecciones y el riesgo manifiesto de convertirse en mercadotecnia y espectáculo (2003:57). Por otro lado, se señala un enriquecimiento de la discursividad política por la incorporación de nuevos registros sensoriales y la complejización estratégica (Verón 2001: 65-66). Schroeder considera que el estudio de los debates tiene más valor en su relación con la televisión: los debates presidenciales son la expresión genuina del espectáculo, no se rige por las reglas de la retórica o de la política, sino por las del medio receptor. El valor de los debates es el valor de la televisión: celebridad, imagen, conflicto y dramatismo (2008:9).

Metodología e integración de conceptos

El enfoque seleccionado para el estudio del dispositivo enunciador televisivo pertenece al ámbito de la "semiótica de las prácticas" heredera de la vertiente semiótica conocida como la Escuela de París. La tradición de esta escuela se concentró en el desarrollo de modelos orientados al comportamiento de discurso del plano del contenido. Hoy en día, las reflexiones de Merleau-Ponty y Deleuze han permitido orientar los intereses hacia un recorrido generativo del plano de la

expresión. Es así que el modelo orientador del estudio toma como principio base la integración de diferentes planos de inmanencia o semióticas - objeto (Fontanille 2008). A ello se complementan los regímenes de interacción propuestos por Landowski, con especial atención a los regímenes de la programación y el ajuste (2009).

El **objeto de estudio** entendido como los procesos de optimización en las prácticas significantes, toma como base que toda práctica (incluido los debates electorales televisados) requieren de procesos de acomodación permanente para alcanzar su eficiencia práctica. Esto supone que para que una práctica sea óptima (en el ámbito de la significación) deberá ser coherente en su forma sintagmática, de no serlo, recurrirá al ajuste para resolver su incoherencia. La centralidad del ajuste consistirá en el control de su organización secuencial, aspectual y rítmica tanto del espacio como del tiempo de la práctica (Fontanille 2008).

Este postulado general que brevemente consignamos en este apartado ha sido trabajado en el ámbito de la enunciación televisiva productora de los debates electorales. Es así que se integran los estudios de Verón que señalan que la televisión es el medio por excelencia del contacto y la economía de la mirada. La regla más importante es el acceso a la mirada del espectador (2001:18–50). En esa misma línea, se toman en cuenta los estudios de Fecine de la emisión "en vivo" diferenciando la transmisión directa y el "en vivo", siendo el primero un hecho técnico mientras el segundo constituye un fenómeno semiótico cuyo estatuto de género depende de los modos en que se organiza el discurso para producir dicho efecto de sentido. Si bien la emisión "en vivo" proviene del hecho técnico de la transmisión directa (simultaneidad de producción, transmisión y recepción), lo que diferencia una emisión verdaderamente "en vivo" de otra que parece serlo, consiste justamente en la aspectualización de la coordenada temporal (2008 26-34). Finalmente, incorporamos los planteamientos didácticos de Zapelli sobre la

construcción de la imagen escénica en el teatro y extensible a la televisión, nos resulta interesante el enfoque por el cual señala que la configuración del espacio dentro del discurso va de acuerdo a las necesidades de la sociedad que las produce. En ese sentido y tomando como referente el pensamiento de Foucault, señala que el espacio es parte de la historia y que la historia de un país puede releerse desde las formas como la sociedad ha organizado, valorado y distribuido el espacio (2006: 4-8).

En este marco, **el objeto de análisis** ha estado compuesto por los cinco debates electorales presidenciales que cumplían con el requisito de haber sido emitidos en televisión y cadena nacional. La información sobre los debates electorales en el Perú es dispersa. Según Planas el primer debate electoral televisado se desarrolló en el contexto de una elección municipal entre los candidatos Bedoya y Grieve (2001: 191-195). Alvarado sostiene que esta práctica no fue continua debido entre varias razones al poco valor que tenía para la opinión pública, a la presencia de gobiernos militares y a las debilidades propias de nuestra democracia (2006: 10). A nivel presidencial, el primer debate electoral televisado se produce en 1990, veintidós años después del primer debate en los Estados Unidos entre Kennedy y Nixon.

Debates electorales presidenciales televisados en el Perú

Año	Moderador	Candidatos
1990	Guido Lombardi	Alberto Fujimori Fujimori (Cambio 90) Mario Vargas Llosa (FREDEMO)
2001	Guido Lombardi	Alejandro Toledo Manrique (Perú Posible) Alan García Pérez (APRA)
2006	Augusto Álvarez Rodrich	Alan García Pérez (APRA) Ollanta Humala Tasso (UPP)

2011 (1ª vuelta)	José María Salcedo	Ollanta Humala Tasso (Gana Perú) Alejandro Toledo Manrique (Perú Posible) Keiko Fujimori Higuchi (Fuerza 2011) Pedro Pablo Kuczynski (Alianza por el Gran Cambio) Luis Castañeda Lossio (Solidaridad Nacional)
2011 (2ª vuelta)	José María Salcedo	Ollanta Humala Tasso (Gana Perú) Keiko Fujimori Higuchi (Fuerza 2011)

Fuente: Archivos audiovisuales de la Universidad de Lima. Elaboración propia.

Debemos tomar en cuenta que el sistema electoral peruano prevé para la elección presidencial la posible realización de dos vueltas electorales¹. Esta característica de nuestro sistema electoral es relevante, ya que en sus orígenes el debate electoral peruano se produce en el contexto de la segunda vuelta electoral, lo cual supone un contexto de alta polarización. En el 2011 se desarrolla por primera vez el debate electoral durante la campaña de la primera vuelta electoral.

El estudio semiótico comparativo ha tenido en cuenta la información obtenida a través de entrevistas en profundidad con los respectivos moderadores de los debates. Si bien existe el *a priori* epistemológico en los análisis semióticos de restringirse al texto, en este caso estamos ante una práctica. Los moderados al tener un rol restringido a la administración del tiempo en los debates electorales, constituyen testimonios claves en vías a la reconstrucción del debate electoral televisado como práctica significativa y no como hermeneutas de lo debatido.

¹ La segunda vuelta electoral se produce cuando en la primera votación ninguno de los candidatos alcanza el 50% más uno de los votos.

Recurrencias modales y visuales

El análisis semiótico de los debates electorales televisados peruanos nos permite señalar y seleccionar los rasgos que han primado desde su primera aparición en 1990 y que han contribuido a confirmar la presencia de un puritanismo político audiovisual en los discursos analizados. Toda práctica (los debates electorales) supone una escena predicativa en donde los actores de ella comparten competencias para la realización de la misma. En este caso, la escena práctica NO es el acto de debatir, sino la emisión televisa "en vivo" que requiere del concurso de dos actores: los *broadcasters* y los candidatos.

La voluntad pasiva del *broadcaster*

Las competencias manifestadas en el discurso analizado tienen un impacto significativo en la identidad de la práctica que estamos trabajando, instaurando entre otras funciones la existencia de los sujetos de la escena práctica.

En el contexto de los debates electorales peruanos llama la atención la poca presencia de los *broadcasters* tomando en cuenta que sin ellos no es posible el debate. Al parecer su voluntad no está en discusión, ello no necesariamente supone un deseo activo o explícito, se configura una especie de /no querer no hacer/ o deseo indiferente. Hay un deseo para que los debates se desarrollen e inclusive algunos de los medios de comunicación (prensa escrita y radio) organizan sus propios debates, pero en el caso específico de la televisión que es la que categoriza de forma única estos debates, aparecen como actores con **deseos indiferentes**. No podemos negar el interés periodístico que involucra el

debate en todos los medios de comunicación sin excepción. No obstante, no se aprecia un interés especial por parte de los *broadcasters* para que el debate televisado adquiriera propiedades televisivas que permitan un alcance o impacto mayor de las ideas que se discuten en aras del derecho ciudadano al voto informado. Asimismo, la emisión del debate supone un **acto facultativo**, ello significa que la transmisión de un debate se desarrolla en el marco de la autorización. Si bien todos los canales de televisión y radio los transmiten, ello lo realizan a partir de una autorización dada por Estado para "colgarse" de su señal.

La suma del deseo indiferente y el carácter facultativo de la emisión conforman el perfil de la **voluntad pasiva** (Blanco 1989: 118). En ese sentido, no se observa una participación activa por parte de los *broadcasters* sino más bien una suerte de acción displicente que consideramos trae como consecuencia la ausencia de control sobre el ritmo narrativo. Esta modalidad instaaura la presencia ausente de los *broadcasters*, parece un contrasentido, pero existe una suerte de invisibilidad que se traduce en poco compromiso por contribuir a que todos los componentes del discurso fluyan de mejor manera, en vez de ello se ha preferido dejar estos aspectos en manos de los políticos. No podemos dejar de lado que una suerte de escrúpulos o suspicacias puedan ser el motivo de esta configuración. En cierta medida, los *broadcasters* han preferido mantenerse (o los han mantenido) al margen de todo ello para evitar acusaciones de manipulación del debate en preferencia de algún candidato o el involucramiento de los intereses mediáticos que naturalmente se producen en toda campaña electoral.

La resistencia pasiva de los candidatos

Todo ello se complementa con la configuración de las competencias en el caso de los candidatos. En este punto, la emisión "en vivo" se sincroniza con la participación de los candidatos. Ante la **voluntad pasiva** de los *broadcasters*,

estos desplazarán la competencia a través de sus mediadores periodísticos hacia los candidatos. La presión periodística ha consistido justamente en transferir o adjudicar un /deber hacer/ siendo modalizados con la **obligación** de participar en el debate, ya sea por su carácter ético o moral, así como por las consecuencias prácticas que puede tener para un candidato negarse a participar en el debate.

En ese mismo sentido, los políticos estarán modalizados con el /no querer hacer/ o también denominada **ausencia de deseo**. Esto puede ser mera especulación, sin embargo, se ve corroborada con las entrevistas llevadas a cabo a los moderadores de los debates que a través de sus testimonios generosamente ofrecidos para esta investigación insistieron en la resistencia de los candidatos a través de sus equipos de negociadores a debatir. Sacar a adelante un debate electoral de esta magnitud ha supuesto un trabajo de mucha paciencia para los promotores de debates. Los candidatos prefieren no debatir por los riesgos que contrae la performance y porque en cierta medida la confrontación cara a cara es más incómoda que la que se hace cotidianamente en la campaña teniendo como correa de transmisión a la prensa. El debate supone una performance sin intermediarios poniendo al desnudo las capacidades reales del candidato.

La conjugación del deber debatir con el no querer debatir configuran el perfil de la **resistencia pasiva** (Blanco 1989: 119). Esto recrea la escena de una actividad que se realiza más por obligación que por deseo. En cierta medida, estas competencias provocan la aparición de exigencias durante la etapa de negociación del debate que han consagrado ciertas formas de puritanismo audiovisual en la práctica analizada.

Ritmo narrativo de la práctica: entre la medida y la modorra narrativa

Como en toda práctica el ritmo narrativo produce sentido. El control del ritmo narrativo de la emisión contribuye a su categorización como parte del género televisivo mas no lo caracteriza en vías de particularizarlo como el sub-genero del "en vivo". La revisión de los debates da cuenta de un permanente ritmo narrativo parsimónico, sujeto en gran medida a la segmentación propia de la televisión. Dicha parsimonia no es una característica particular de la emisión "en vivo", dado que en el caso de los noticieros cuya transmisión es en vivo, el ritmo narrativo es muchos más acelerado con respecto a los debates electorales televisados.

La parsimonia de la que hacemos mención en cierta medida está determinado por la concurrencia de las características del cuerpo imagen que no varía en todo el debate y en todos los debates (1990 - 2011) dándole una sobredosis de **programación**. Ello está estrechamente ligado con la aspectualización espacial que siempre ha mantenido el mismo tipo de cámara (fija) y el mismo encuadre (plano medio o busto). La predominancia de estas características contribuyen a que el ritmo narrativo sea constante y sin variaciones, en resumen, la imagen ayuda a que nada se acelere o se ralentice.

Pero a su vez, este peculiar ritmo está dado por las características del texto - enunciado y de las figuras que lo conforman. En el plano del texto-enunciado observamos segmentaciones dadas por los formatos acordados por los equipos negociadores (exposición, réplica/pregunta, dúplica/respuesta). Si bien los formatos se han modificado tímidamente durante nuestra historia electoral, las constantes son mayores que las innovaciones. La predominancia de bloques "temáticos" y de la secuencia: exposición, réplicas y dúplicas con reducciones sensibles en la duración de los mismos contribuyen a isotopías modales y la construcción de propiedades que en el devenir de las prácticas se empiezan a considerar inalterables y ad-hoc al género en tanto práctica política.

En el plano correspondiente a las figuras, la recurrencia es demoledora. Siempre la constante del moderador y los candidatos, con puntuales intentos de innovación al incluir un panel de expertos o la ciudadanía representada, cuyos resultados finales se asemejan más al exabrupto que a la renovación. Todo ello supone continuidades y recurrencias que imprimen una constante en el ritmo narrativo de la emisión.

En esta configuración hay responsabilidades compartidas, tanto los *broadcasters* como los promotores del debate han permitido, en aras de asegurar la realización del debate, que los políticos inventen este monstruo parsimónico que solo una audiencia muy comprometida se presta a escuchar. A partir de este deseo indiferente de los *broadcasters* que se han limitado al cumplimiento de un procedimiento o protocolo (la emisión "en vivo") han dejado en mano de los políticos, que poco o nada saben de imágenes televisivas, la creación de este esperpento de cámara fija y focalización centrada en el plano medio, prohibiéndonos, además, mirar a un candidato cuando éste no habla. Con el agravante de concentrar, ingenuamente, la persuasión en la retórica verbal anémica de política e intoxicada de ataques e ironías. dando por resultado imágenes puritanas y conservadoras con lenguas venenosas.

La consagración del puritanismo audiovisual

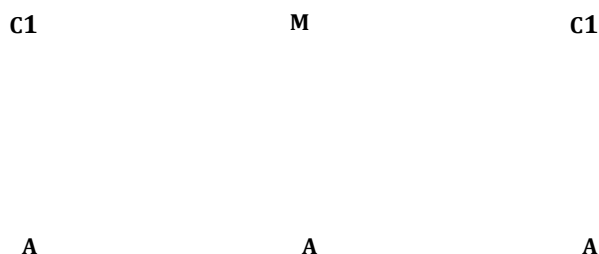
Como bien lo señalaba Luis Egúsquiza², los debates electorales son programas de televisión, las negociaciones previas intentan generar confianza para que en ese contexto el espacio del debate se encuentre nivelado. Sin desmerecer el carácter político de los debates electorales y su importancia en el sistema democrático, los espacios del mencionado evento son organizados enunciativamente como un

² La presente cita proviene de una entrevista sostenida con Luis Egúsquiza el 4 y 25 de octubre en los locales de la Asociación Civil Transparencia. Luis Egúsquiza ha acompañado la organización de debates electorales a través de la Asociación Civil Transparencia.

programa televisivo. Ello nos lleva a estudiar las implicancias en la disposición del set televisivo y la ubicación de las cámaras. Nadie ve las cámaras cuando se dispone a ver televisión, en cierta medida, porque vemos los programas de televisión a través de ellas. Este aspecto cobra una especial relevancia porque son estas cámaras las que organizan la relación de los espectadores con el enunciado y nos hacen ver las cosas desde un particular punto de vista. Nadie escoge la perspectiva espacial desde donde mirar, eso lo hace el enunciador con la instalación de las cámaras que rara vez vemos.

Es ese sentido, el esquema siguiente grafica esa reconstrucción de la ubicación de las cámaras a partir de los videos analizados:

Esquema 1³



Como podemos observar un conjunto de cámaras (A) nos permiten ver a los candidatos y moderadores en un plano medio o plano busto. La cámara hace que

³ A = Cámara, C1 y C2 = candidatos y M = moderador.

veamos el rol que cumple tanto los candidatos y los moderadores, pero desde una perspectiva cercana medianamente íntima, incluso más cercana que el público presencial a los debates. Si el debate electoral reproduce una distancia social entre los participantes del debate, el punto de vista de la cámara reproduce una distancia personal entre el candidato y la audiencia.

Asimismo, estas miradas tanto de los candidatos como del moderador (C1, C2, M) son paralelas. Este aspecto resulta relevante ya que establece lo que Verón señala como la principal función de la televisión: el establecimiento del contacto (2001). De esta forma, la disposición de las cámaras mencionadas nos dispone a establecer un contacto medianamente cercano con los candidatos. Todo está dispuesto para que el candidato y el moderador hablen para la audiencia, nos hable a nosotros o me hable a mí. Desde este dispositivo audiovisual el debate se configura como una relación cuasi expositiva entre los candidatos (la clase política) y nosotros (la sociedad civil). En cierto sentido, hasta el moderador es configurado para que nos informe sobre las reglas del debate. Las cámaras no están dispuestas para crear, ilusoriamente, la idea de un diálogo entre candidatos, sino para una exposición a la audiencia. Si bien los candidatos se miran entre sí durante el desarrollo del debate para cuestionarse, este intercambio de miradas no es representada a través de las cámaras.

Espacialmente, las cámaras construyen una interacción de tipo unilateral desde los actores hacia la audiencia colocándolos imaginariamente en situación de igualdad. Sobre ello, resulta pertinente traer a estas líneas la reflexión de Dominique Wolton sobre el fenómeno de igualación que se produce en el contexto de la comunicación política. Sostiene que el discurso de la igualdad ha supuesto una descalificación de las élites mas no su desaparición. Las élites siguen existiendo y dominando pero desprovistas de toda responsabilidad social. El discurso actual las hace aparecer como expresión de la meritocracia y bajo el rol

del experto. *La igualación nos da el falso sentimiento de una democratización. Y esto resulta particularmente cierto en política: cada uno cree encontrarse en el nivel de “todos” para concebir y analizar los problemas de cualquier índole* (1998 [1995]: 117). Esta instalación primigenia de la cámara contribuye a una normalización de la ilusión de igualación, sin requerir sobre todo para el que hablará a través de la cámara su responsabilidad como parte de la jerarquía social.

Otro aspecto a considerar en nuestra reflexión es lo que las cámaras ocultan, es decir, hacen invisible otros elementos del enunciado o lo que Courtés definió como la manipulación enunciativa del /hacer no ver/ (1997: 361). Cuando se enfoca a un candidato, nos oculta al otro. Y esto es parte de un acuerdo previo que prohíbe enfocar a los candidatos contendores mientras un candidato expone, porque de esa manera se nos comunica las reacciones del otro ante la disertación del orador. La forma particular como se ha dispuesto la sucesión de las cámaras, nos prohíbe mirar aspectos simultáneos de la interacción representada dentro del debate.

Desde 1990 se han llevado a cabo en el Perú cinco debates electorales televisados, todos ellos han presentado la misma configuración anteriormente detallada deviniendo en cierta consolidación de un formato. Si los debates electorales televisados son programas de televisión, podemos señalar que son programas de televisión mal hechos, dado que las características presentadas han devenido en un puritanismo político audiovisual peruano dirigido al cumplimiento de un ritual y a la evasión del riesgo.

Discusión: ¿es necesariamente malo el espectáculo?

Muchas críticas en torno a los debates electorales en otras democracias insisten en que el espectáculo ha desplazado a la política. Aquí subyacen dos

concepciones: que los componentes discursivos de la espectacularización siempre conducen a la banalización del enunciado y que la política debe seguir centrada en la seriedad de la "palabra" y de las ideas políticas que la contiene.

En el caso peruano, la política peruana ha logrado desplazar cualquier posibilidad de espectáculo desde la perspectiva de mayores variaciones en los ritmos de la emisión y en el ritmo narrativo del enunciado. Si el espectáculo puede articularse en el nivel de pertinencia de la práctica significativa, justamente sería la emisión "en vivo" la que promovería formas espectacularizadas provenientes de un control del ritmo narrativo de la práctica. No obstante una paradoja parece emerger en el caso peruano: la política peruana aplasta el espectáculo. Las figuras políticas y periodísticas integradas en el texto - enunciado (debate electoral) y los persistentes formatos que no permiten movilizar el cuerpo de la imagen televisiva, terminan por proyectar en el nivel de las prácticas un ritmo constante y parsimónico que para algunos será interpretado como una **modorra** narrativa y para otro será entendido como una forma de **mesura** política.

El actual estado de la cuestión en el caso de los debate electorales televisados peruanos logran su optimización en la medida que responden a las necesidades de los políticos, esto es, mantener el debate en la lógica de la propaganda: mantener la programación (seguridad) y evitar el ajuste, en resumen, evitar los riesgos. Ello trae como consecuencia, una práctica discursiva menos comprometida con el derecho ciudadano a la información.

Mantener la excesiva programación (repetición) del formato audiovisual redirige el ajuste al plano lingüístico, promoviendo discursos verbales confrontacionales y retóricas basadas en la ironía y el sarcasmo. Esto desprestigia el lenguaje político verbal y produciría resistencias frente a la política en general.

Ello abre varias preguntas que son necesarias hacernos: ¿el espectáculo está totalmente divorciado de los nobles intereses políticos? ¿el espectáculo solo puede conducir únicamente a la banalización? ¿y qué pasa si el espectáculo no es sólo entretenimiento y cosmetología electoral?

La discusión aquí planteada presupone la desmitificación de algunos aspectos en relación con la televisión:

- No es posible comunicar todo un plan de gobierno a través de la televisión. ¿Cuántas horas de televisión se requieren para exponer el plan de gobierno de un solo candidato? ¿Cuántas horas de atención puede soportar la audiencia?
- En el ámbito de los debates electorales, ¿sólo es comunicable los planes de gobiernos o promesas electorales? ¿Hemos escuchado a algún candidato invitar a la audiencia a visitar los locales partidarios para obtener más información?
- La comunicación de las ideas políticas no solo pasa por las expresiones verbales. Debemos tener en cuenta que el lenguaje televisivo audiovisual involucra aspectos como la imagen y la gestión del contacto.

En ese marco y teniendo como horizonte los debates electorales peruanos, ponemos a discusión algunos aspectos a modo de propuesta:

- Abrir el encuadre. Combinar la sintagmática audiovisual y flexibilizarla. Ante ello hacernos la pregunta: ¿qué sería oportuno en la composición visual de un encuadre alternativo?
- Evitar que los candidatos miren a la cámara. Parece un contrasentido, pero se trata de eliminar la idea del candidato que hace propaganda ante una audiencia y proponer un verdadero debate entre candidatos. La capacidad de ajuste de los candidatos entre sí: sus grados de resistencias, de control emocional, de tolerancia; podrían permitir evaluar el perfil de estadista de un candidato.

- Incorporación de otros actores en la dinámica del debate electoral. En el caso peruano, el debate ha estado solo limitado a los candidatos y a un periodista moderador. Hay que reconsiderar la inclusión de los periodistas, líderes de opinión, ciudadanos; redefiniendo sus roles al interior del debate.

Conclusiones

Los debates electorales televisados ya están espectacularizados y en la mayoría de casos criticamos sus características. ¿Es la solución eliminar el aparato productor del espectáculo? ¿La solución es romper la televisión? ¿La solución es vivir aferrados a la política basada en la verbalidad?

El presente trabajo concluye con la preeminencia de un puritanismo político audiovisual producto de la **voluntad pasiva** de los *broadcasters* y la **resistencia pasiva** de los candidatos, dando por resultado una práctica significativa óptima a los intereses de los candidatos: evitar el riesgo. Consideramos que esta discusión puede contribuir a considerar la necesidad de tomar el control del dispositivo enunciador televisivo y de su lenguaje, así como tomar el control del espectáculo. Para ello es importante la incorporación en los espacios de discusión y organización de los debates electorales a los profesionales vinculados a la producción audiovisual para la generación de formatos de renovación audiovisual. Como lo señalamos anteriormente, la optimización de la práctica discursiva se produce por acomodaciones sintagmáticas, que en este caso, consisten en el control del tiempo y del espacio de estos discursos a través de la técnica audiovisual en diálogo con los científicos de la política.

La comunicación política está hecha de lenguajes, en ese sentido, ella no puede abstraerse de las reflexiones en torno a cómo operan los discursos políticos en el marco de acomodaciones estratégicas.

A modo de desafíos y puntos de agendas pendientes, conviene tomar en consideración que los debates electorales televisados no actúan solos, su optimización depende también de sus acomodaciones con otras prácticas: publicación y difusión de sondeos de preferencia electoral, la cobertura periodística de las campañas y contra campañas electorales. Todos ellos se integran en un tinglado estratégico que forma parte del objeto de análisis de la comunicación política.

En lo que respecta a los debates electorales televisados queda por delante estudiar a profundidad como estos discursos se integran en sus diversos niveles: locales, regionales y nacionales. Dado que no es lo mismo un debate electoral municipal que uno presidencial, no obstante, existen lazos intertextuales entre un nivel y otro que la investigación debe corroborar.

Por otro lado, cabe hacerse la pregunta por la confrontación y acomodación de esta práctica con la cobertura periodística. En esta materia, algunos estudios empíricos en el ámbito político norteamericano ofrecen interesantes perspectivas en el campo de los efectos directo e indirectos del debate, queda pendiente observar el funcionamiento discursivo de ambas experiencias en el ámbito latinoamericano. En esa misma línea, conviene trabajar la integración de los debates electorales con la interacción en las redes sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alvarado, G. (2006). *Elecciones Perú 2006: Elevando el nivel del debate electoral*.

Lima: Consorcio de Investigación Económica y Social. < www.cies.org.pe >.

[Consulta: 5 de agosto del 2013]

Blanco, D., & Bueno, R. (1989). *Metodología del análisis semiótico*. Lima:

Universidad de Lima.

Courtés, J. (1997) *Análisis semiótico del discurso*. Madrid: Gredos.

Fechine, I. (2008). *Televisão e presença: uma abordagem semiótica da transmissão direta*. São Paulo: Estação das letras e cores.

Fontanille, J. (2008). *Pratiques sémiotiques*. Paris Presses Universitaires de France. [En español: *Prácticas semióticas*, Lima: Fondo editorial - Universidad de Lima, 2013. Pre publicación, a la espera de su edición].

Gauthier, Gilles (1998). "El Análisis de Contenido de Los Debates Políticos Televisados". *Comunicación y Política* (pp. 394–411). Barcelona: Gedisa.

Jamieson, K. H., & David S. Birdsell (1988). *Presidential Debates: The Challenge of Creating an Informed Electorate*. Oxford University Press.

Kraus, S. (2000). *Televised Presidential Debates and Public Policy*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

Landowski, E (2009). *Interacciones arriesgadas*. Traductor Desiderio Blanco. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

- Mickiewicz, E. & Firestone, Ch. (1992). *Television & Elections*. Queenstown: The Aspen Institute.
- Pérez, Ó., Oliva, M., & Pujadas, E. (2011) "La construcción televisiva de la deliberación política. Análisis comparativo de programas informativos y de infotainment". *III Congreso Internacional Latina de Comunicación Social*. Lagunas.
- Quintas, N., & Quintas, E. (2010). "Cara a cara electoral televisado: análisis audiovisual de los debates presidenciales". *Miguel Hernandez Communication Journal*, 20–39.
- Sartori, G. (2003). *Videopolítica: medios, información y democracia de sondeo*. México, D.F.: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
- Schroeder, A (2008). *Presidential Debates. Fifty Years of High-risk Television*. (2ª ed). New York: Columbia University Press.
- Schrott, P. (1990). "Electoral consequences of "winning" televised campaign debates". *Public Opinion Quaterly* 54, 567-585.
- Planas Silva, P. (2001). *La videopolítica en el Perú. Las elecciones y el acceso de los partidos y los candidatos en los inicios de la T.V. peruana*. Lima: Universidad de San Martín de Porres. Escuela Profesional de Ciencias de la Comunicación.
- Téllez, N., Muñiz, C., & Ramírez, J. (2010). "Función discursiva en los debates televisados: un estudio transcultural de los debates políticos en México, España y Estados Unidos". *Palabra Clave* 13, 251–270.



Verón, E. (2001) *El cuerpo de las imágenes*. Editorial Norma.

Wolton, D. (1998 [1995]) “Las contradicciones de la comunicación política”, en Gauthier, G., Gosselin, A. & Mouchon, J. (comps.) *Comunicación y Política*.

Bixio, A.L. (trad.). Barcelona: Gedisa. [Versión original “Communication et Politique”. *Hermès* 17-18. París: CNRS Éditions, 1995].

Zapelli, G. (2006). *Imagen escénica: una aproximación didáctica a la escenología, el vestuario y la luz para teatro, cine y televisión*. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica.